

LA SOCIALIZACIÓN

Toda sociedad, en tanto creación del hombre que tiene existencia objetiva, debe ser internalizada por los individuos que la componen. Dicho en otros términos, para que un individuo forme parte de una determinada sociedad es necesario un proceso formativo mediante el cual se aprenden, se interiorizan, los elementos que definen la participación en dicha sociedad (lenguaje, esquemas de conductas, esquemas legitimadores, etc.) Desde este punto de vista la educación es socialización y, como tal, constituye un fenómeno necesario en toda estructura social que pretenda perdurar. De allí que las características más relevantes del proceso de socialización se pongan de manifiesto en la transmisión intergeneracional y que asuman un carácter necesariamente reproductor. Sin embargo, un análisis más minucioso de los contenidos y de las formas que asume este proceso permitirá apreciar la complejidad del problema involucrado en esta caracterización general.

Berger y Luckman (1968), en una obra imprescindible para el análisis del proceso de socialización, señalan la existencia de dos fases diferentes: la socialización *primaria* (que el individuo atraviesa en la niñez y a través de la cual se convierte en miembro de la sociedad) y la *secundaria* (que se refiere a cualquier proceso posterior que induce al individuo a interiorizar sectores articulares del mundo objetivo de su sociedad).

En el más alto nivel de generalidad (es decir, válido para cualquier estructura social) puede sostenerse que los rasgos definitorios de la socialización primaria son los siguientes:

- a. la socialización primaria transmite contenidos cognitivos que varían de una sociedad a otra pero que fundamentalmente, comprenden el aprendizaje del lenguaje, y por su intermedio, el aprendizaje de diversos esquemas motivacionales interpretativos de la realidad así como los rudimentos del aparato legitimado de la validez de dichos esquemas.
- b. Este aprendizaje se efectúa en condiciones peculiares que lo diferencian del resto de los aprendizajes posteriores. Dichas condiciones se definen básicamente por la presencia de un alto componente emocional afectivo que otorga a estos aprendizajes una sólida firmeza en la estructura personal del individuo. La presencia de este factor determina que la modificación posterior de los contenidos aprendidos en la socialización primaria resulte muy difícil de obtener. En realidad, la efectividad de todo aprendizaje posterior dependerá en gran medida del ajuste que tenga con respecto al primario.
- c. En virtud de lo dicho hasta aquí puede deducirse que la socialización primaria permite al niño internalizar el mundo de los “otros”, pero ese mundo no constituye una posibilidad entre otras sino que se le presenta como el único que existe y que puede concebirse. Sin embargo la realidad social objetiva presentada en esta fase de la socialización sufre dos tipos de modificaciones o de “filtros”: el primero de ellos proviene del lugar que ocupan los adultos en la estructura social y el segundo deriva de la “idiosincracia” personal de los agentes socializadores. En este sentido, Berger y Luckman han sostenido que, por ejemplo, un niño de clase baja no sólo absorbe el mundo desde una perspectiva de clase baja, sino que también lo hace con “la coloración idiosincrásica que le han dado sus padres” (Berger-Luckman, 1968, págs. 166-7).

En este mismo nivel de generalidad, la socialización secundaria puede ser definida como el proceso por el cual se internalizan “submundos institucionales” cuya mayor o menor complejidad deriva del grado alcanzado por la estructura social en la división del trabajo.

Cada “submundo institucional” supone un cierto lenguaje específico, esquemas de comportamiento y de interpretaciones más o menos estandarizadas y concepciones particulares destinadas a legitimar las prácticas habituales.

A diferencia de la socialización primaria, los aprendizajes efectuados en esta fase no implican necesariamente una carga afectiva o emocional intensa. Los agentes socializadores actúan en función de su rol, pero con un alto grado de anonimato e intercambiabilidad. Por ejemplo, el mismo conocimiento puede ser enseñado por un maestro o por otro y sus contenidos asumen una firmeza mucho menor (y, por lo tanto, una mayor posibilidad de modificación y reconversión).

Sin embargo, el problema central de toda socialización secundaria consiste precisamente en que actúa sobre un sujeto ya formado y que todo nuevo aprendizaje exige un cierto grado de coherencia con la estructura básica. En este sentido, el proceso de socialización secundaria debe apelar continuamente a reforzar dicha coherencia para garantizar mayor efectividad en el aprendizaje. Ese refuerzo consiste, por lo general, en dotar a los nuevos aprendizajes de un carácter afectivo y “familiar” tan intenso como la definición institucional del aprendizaje lo determine. Así por ejemplo, la escuela primaria trata permanentemente de presentar sus contenidos y sus agentes socializadores como muy cercanos a la realidad familiar.

El proceso de socialización nunca permite interiorizar la totalidad de la realidad social existente. En este sentido, cada individuo tiene acceso a una parte más o menos importante según el tipo de estructura social y su ubicación dentro de ella. Desde esta perspectiva, el proceso de socialización reproduce la estructura de distribución social del conocimiento existente en la sociedad y, con ello, materializa en el plano cultural y simbólico la reproducción de las relaciones sociales globales. El concepto de distribución social del conocimiento es un concepto central para analizar la estructura interna del sistema educativo y la composición de sus integrantes. Aplicado al caso de América Latina, podrían señalarse esquemáticamente tres rasgos principales. En primer lugar (véase Analfabetismo y Escuela primaria), un sector importante de población no tiene acceso al sistema educativo, con lo cual su cuota de participación en la distribución social del conocimiento lo coloca en una situación de marginalidad que materializa, en el plano cultural, su marginalidad social y económica. En segundo lugar, las características del proceso de socialización permiten sostener que los niños que acceden no lo hacen en condiciones iguales. Cada uno ha sido sometido a un proceso de socialización “filtrado” por el origen social y la personalidad de los padres y, en consecuencia, su capital cultural (véase) es diferente. En tercer lugar, la estructura del sistema establece recorridos diferenciados, tanto en la extensión como en la calidad y tipo de contenidos. En esta línea de análisis pueden enmarcarse todos los estudios que confirman una asociación estrecha entre origen social, rendimiento escolar, opciones vocacionales, etc. (Véase Enseñanza media, Enseñanza técnica. Universidad).

El grado de “éxito” en la socialización se mide por el nivel de ajuste alcanzado entre la realidad subjetiva y la objetiva. Pero el éxito total en este aspecto es tan imposible como el fracaso total. Entre un extremo y el otro se ubican todas las posibilidades tácticamente verosímiles; sin embargo, lo importante es destacar la existencia de este espectro de posibilidades y los factores que explican una eventual socialización no exitosa, ya que frecuentemente, los análisis del proceso de socialización tienden a dar por supuesto su éxito. De esta forma, dichos análisis quedan encerrados en una concepción que no deja ningún margen para la explicación de los cambios culturales y de la actitud generalmente comprobada en las sociedades contemporáneas según la cual los hijos siempre terminan

interiorizando el mundo objetivo de una manera que –con diferencias según las épocas y las estructuras sociales- difiere de la de los padres (véase Cambio social y educación).

Berger y Luckman señalan varias posibilidades de socialización deficiente: la producida por la “heterogeneidad de elencos socializadores”, donde la misma realidad es vista con significados diferentes (por ejemplo, la que se produce entre padre y madre), la producida por la mediatización de mundos diferentes realizada por otros adultos significativos (por ejemplo, el caso de niños de clase alta socializados por adultos de clase baja) y por último, la que proviene de discrepancias entre la socialización primaria y la secundaria.

Desde el punto de vista de la sociología de la educación, la alternativa más relevante es esta última, ya que allí está contenida la posibilidad de acción del sistema educativo o de cualquier acción extra-familiar. Si bien el análisis de Berger y Luckman mantiene en este aspecto un nivel muy alto de generalidad, es conveniente sintetizar su planteo para luego tratar de efectuar un acercamiento más específico a esta problemática en el marco de la estructura social contemporánea.

Según estos autores, la discrepancia entre socialización primaria y secundaria puede presentar, al nivel de los efectos sobre los resultados del proceso de socialización, dos posibilidades. La primera de ellas, consistiría en la disociación de la identidad del sujeto en dos planos: el *real*, de la identidad objetivamente conferida en la socialización primaria y el *fantástico*, adquirido en el proceso de socialización secundaria. La ubicación en el plano de la fantasía confiere, a esta identidad, una existencia peculiar si el fenómeno se generaliza, como a nivel puramente individual – constituirse en una amenaza potencial al orden institucional establecido.

La segunda posibilidad planteada por Berger y Luckman remite nuevamente al papel de la afectividad en el proceso de socialización. En este sentido, y como la realidad internalizada en la socialización secundaria no tiene necesariamente que estar dotada de una carga emocional fuerte, el individuo puede asumir la identidad propuesta por este proceso pero con fines puramente manipulativas: “El individuo internalizar la nueva realidad pero en lugar de ser ésta *su* realidad es una realidad que ha de utilizar con propósitos específicos” (Berger y Luckman, 1963, pag. 214).

Sin embargo, las discrepancias entre socialización primaria y secundaria implican también una dimensión relativa a los sectores sociales portadores de una y otra. En el caso del sistema educativo, particularmente en estructuras sociales altamente segmentadas como las de América Latina, la socialización secundaria expresada por la educación formal, por ejemplo, tiende a reproducir la realidad social del mundo de las capas medias y altas de los contextos urbanos. En estos casos, puede utilizarse el concepto de Bourdieu y Passeron (1977) acerca del mercado cultural en el cual se define el valor de las pautas difundidas por las diferentes acciones pedagógicas. El acceso masivo al sistema escolar implica, desde este punto de vista, un intento de unificación u homogeneización del mercado cultural. Cuando las diferencias son muy altas, el éxito de la socialización secundaria resulta escaso y dificultoso. Aquí radicaría la explicación del fracaso de la acción pedagógica escolar, que exige un capital cultural mínimo para poder tener acceso a la interiorización de los mensajes y los estímulos.

Pero otra consecuencia de este contacto es la ratificación de la existencia de órdenes culturales no sólo diferentes sino jerárquicamente ordenados: “Cuando más unificado está el mercado en que se desarrollan las acciones pedagógicas, más posibilidades tienen los grupos

o las clases que han sufrido una acción pedagógica inculcadora de una arbitrariedad cultural dominada de que se les recuerde el no-valor de su adquisición cultural, tanto por las sanciones anónimas del mercado de trabajo como por las sanciones simbólicas del mercado cultural” (Bourdieu-Passeron. 1977. página 69).

Pero ¿en qué medida es posible modificar la concepción de la sociedad interiorizada en el proceso de socialización primaria? La respuesta a este interrogante tiene una importancia crucial para el trabajo pedagógico. La respuesta, siguiendo el análisis de Berger y Luckman, parecería radicar en el papel central que ocupa la carga emocional con la cual se interioriza la visión del mundo en la socialización primaria. Desde este punto de vista, podría postularse que sólo dotando al proceso educativo de un valor afectivo muy fuerte sería posible un efecto de transformación profundo. Y es en este sentido que puede recuperarse la noción clásica de la educación como un proceso de transmisión de determinados modelos (véase) de hombre y de sociedad.

Consignas para el análisis del texto

Desarrollar los siguientes tópicos:

1. Proceso de socialización. Contenidos, formas y fases.
2. Rasgos definatorios de la socialización primaria y secundaria.
3. Distribución social del conocimiento; estructura del sistema educativo y composición de sus integrantes.
4. Análisis de los rasgos principales del caso de América Latina.
5. Diferencia entre una socialización exitosa y deficiente ¿Cómo se mide?
6. Alternativas planteadas desde la sociología de la educación y su relación con la noción clásica de educación.